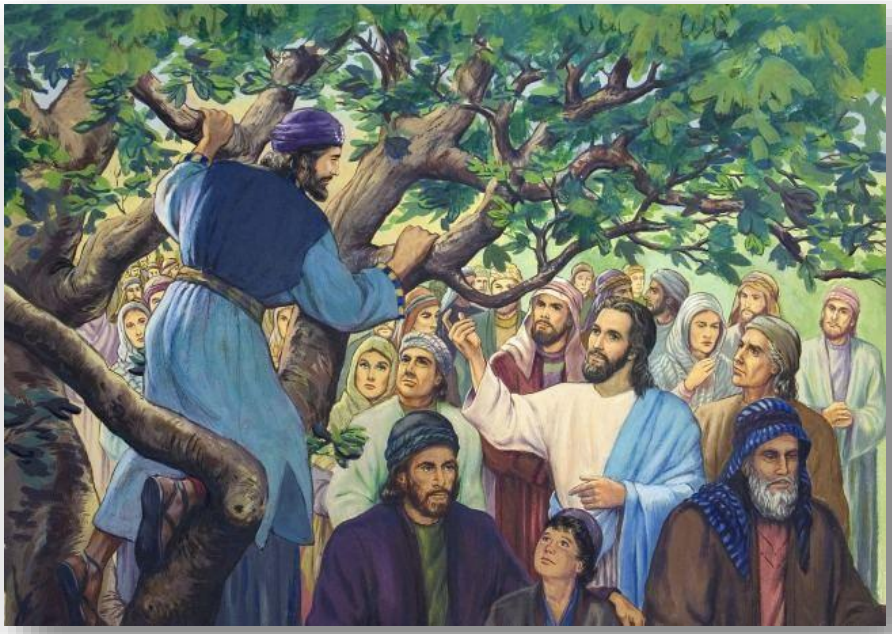
LA FELICIDAD ESTÁ EN CRISTO



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Jesús levantó los ojos y le dijo: "Zaqueo, bájate pronto, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa". Él bajó enseguida y lo recibió muy contento. Zaqueo, poniéndose de pie, dijo a Jesús: "Mira, Señor, voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes, y si he defraudado a alguien, le restituiré cuatro veces más. Jesús le dijo: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa"» (Lc 19, 5-6.8-9).

Madre nuestra: todos entendemos a Zaqueo, y es fácil imaginarse que estaba cansado de la situación en la que vivía, en donde tenía bienes en abundancia, pero no era feliz. Él reconocía que todos esos bienes no le daban la verdadera felicidad, todo eso era efímero.

Había oído hablar de Jesús. Quizá también había escuchado su predicación. Y sentía en su alma que Él tenía el remedio para darle paz a su corazón, que estaba inquieto, buscando esa felicidad que el mundo no puede dar.

En sus ansias por encontrar ese remedio no quiso dejar pasar la oportunidad que se le presentó. Quería tan solo "ver" a Jesús. Reconociendo que era un hombre que venía de Dios, sentía una enorme vergüenza de presentarse personalmente ante Él, porque su conciencia le reclamaba haberse aprovechado de su puesto de recaudador de impuestos para enriquecerse a costa de los demás. También era infeliz por ese cargo de conciencia. Pero buscaba un poco de alivio para su alma.

Lo que no se imaginaba es que era el mismo Jesús quien lo buscaba a él: era el Buen Pastor, que lo conocía perfectamente por su nombre, y no le importaba dejar a las noventa y nueve ovejas para ir a encontrar a la oveja que se había perdido. Le pidió hospedarse en su casa, entrar en su vida, meterse en su corazón, para sanarlo.

Zaqueo reaccionó bien: le abrió las puertas de su casa, sabiendo que esa decisión le implicaría necesariamente dejar atrás su vida de pecado. Y no solo eso, su corazón le exigió con fuerza obrar con misericordia y la conveniente reparación del daño causado.

Así entró la verdadera felicidad a su corazón, cuando llegó la salvación a su casa: Cristo, el Salvador del mundo.

Madre de misericordia: que todos tengamos la humildad de reconocer nuestras miserias, y que busquemos a Jesús todos los días, en la oración y en los sacramentos.

Hijo mío: ¿por qué lloras?

¿A quién buscas?

Si aún no has encontrado lo que tanto has buscado para llenar tu vida de felicidad, si te sientes triste, si te sientes solo, si estás angustiado, preocupado, y sientes que desfalleces y navegas a la deriva, sin rumbo, es porque eres de baja estatura y no puedes ver más allá de lo que hay en el mundo.

En el mundo no encontrarás la verdadera felicidad, sino una felicidad momentánea y pasajera. Te sentirás contento y

satisfecho por un momento, y después vacío, lleno de amargura, por haber perdido lo que creías haber tenido.

La felicidad que tú buscas, hijo mío, está fuera de este mundo. Esa dicha que anhelas, esa paz interior que no alcanzas, esa búsqueda de calma en medio de la tempestad, se llama Jesús.

Y si quieres encontrarlo, debes mirar a lo alto, elevar tu mirada y orar. Sube al monte alto de la oración y, te aseguro que lo encontrarás. Te está esperando.

Él te hará bajar después, pondrá tus pies en la tierra, pero tu corazón lo conservará para Él cuando le abras la puerta, entre en tu casa, y coma contigo, y tú con Él.

No tengas miedo de abrirle las puertas de tu corazón a Cristo. Él entrará y lo transformará. Propiciará en ti una total conversión, por la que renunciarás a tu vida de pecado, abrazarás tu cruz, lo seguirás y dichoso serás.

Serás feliz como no lo has sido jamás, y tu corazón tendrá calma. En él reinará la paz, y toda dificultad la superarás, porque el Señor te dará la fuerza.

Aprovecha la oportunidad que Dios te da. Busca a Jesús, ve a su encuentro. Invítalo a participar de tu vida. Déjalo obrar en ti. Entrégale tu vida. Deja que su amor reine en ti.

Comparte tus ilusiones, tus ideales, tus sueños, tus deseos con Él, y acepta la alegría que Él quiere compartir contigo, porque estabas perdido y has sido encontrado, porque estabas muerto y has vuelto a la vida.

La felicidad está en Cristo resucitado. Él es la vida. Y tú, indigno pecador, eres lo que Él tanto ha buscado.

Ha venido a recuperar lo que es suyo, porque con su muerte en la cruz, tu vida para Él ha ganado.

¡Alégrate! Tu Señor por tu nombre te ha llamado.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 153)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes